

Hospital Militar Central Carlos J. Finlay
Facultad Finlay-Albarrán
Servicio de Medicina Interna

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA ACUPUNTURA

Dr. Miguel Angel Moreno Rodríguez.
Calle Juan Bruno Zayas núm.70 entre Lacrete y Luis Estévez.
Municipio 10 de Octubre. Ciudad de La Habana.
Teléfono : 403494 mmoreno@infomed.sld.cu

Profesor Titular y Consultante de Medicina Interna; Doctor en Ciencias
Instituto Superior de Ciencias Médicas de La Habana.

- [DESARROLLO](#)
- [BIBLIOGRAFIA](#)

DESARROLLO

A lo largo de su historia, la medicina ha pasado por tres etapas: religiosa, racional y científica. En la primera, todo su fundamento teórico no era más que una traslación de las ideas religiosas prevalecientes en la sociedad a la explicación del fenómeno salud-enfermedad. La etapa racional marca la ruptura con esta concepción, al asumir una explicación natural acerca del funcionamiento del organismo humano y de las enfermedades. Para nosotros, más conocedores e influidos por la cultura mediterránea, este fenómeno tuvo lugar en Grecia en los siglos VI al IV, antes de nuestra era, sobre todo, con la Escuela hipocrática de Cos, pero sucedió también en la China antigua, al parecer por la misma época, con la Escuela del taoísmo.

Al no existir desarrollo de las ciencias particulares, esta medicina precientífica tuvo que incorporar como fundamento teórico las corrientes filosóficas de la época, en esencia, materialistas, que eran las dominantes en el pensamiento científico primitivo, precisamente, al pugnar por desprenderse de la concepción mística. Asimismo, este fenómeno nos es mucho más familiar en el mundo occidental, donde es sabido que para los siglos VI al IV antes de nuestra era, numerosos pensadores de la Grecia Jónica consideraban diferentes sustancias como fundamento del mundo y la naturaleza. Para Tales de Mileto era el agua; para Anaximandro, el apeyron (lo ilimitado); para Anaxímenes, el aire; para Heráclito, el fuego; para Leucipo y Demócrito, los átomos, etcétera.¹ La Escuela de Cos utilizó en la medicina las ideas del filósofo Empédocles de Agrigento, quien consideraba como principios del mundo a cuatro elementos o “raíces” y sus combinaciones: fuego, aire, tierra y agua.

De igual modo, en China, ya desde un momento, al aparecer no bien determinado, del primer milenio antes de nuestra era, en la época de la dinastía Chou occidental, surgió la forma más antigua de concepción materialista de la naturaleza con la doctrina, no de cuatro, sino de cinco elementos primarios como orígenes del mundo, los cuales eran: metal, madera, agua, fuego y tierra.² Como se aprecia, hubo pequeñas diferencias con igual pensamiento materialista griego: el aire no fue incluido y, en su lugar, aparecieron la madera y el metal. E igual que en Grecia con el “macrocosmos” y el “microcosmos”, los antiguos pensadores médicos chinos equipararon el organismo humano a un mundo en miniatura y los procesos salud-enfermedad a las interrelaciones entre esos cinco “elementos primarios”.

Esta similitud en las concepciones filosóficas no es una casualidad sorprendente, sino que expresa una ley recogida por el materialismo histórico, de la existencia de una unidad básica (aunque no en los detalles) en el desarrollo de las ideas humanas, independiente de la región del mundo, que responde, en definitiva, a similares condiciones básicas en el desarrollo material de la sociedad humana.

En el origen de ambas medicinas, griega y china, subyace una misma concepción materialista y dialéctica, “primitiva e ingenua”, pero genial, como las cataloga Engels. 3-4

Con las ideas de los cuatro elementos de Empédocles, la Escuela de Cos elaboró toda su teoría humoral, de forma más o menos acabada, a la que luego Galeno dio una mucho mayor terminación dogmática. A esos cuatro elementos, fuego, aire, tierra y agua, correspondían cuatro caracteres sensoriales, caliente, frío, seco y húmedo, y cuatro humores: sangre, flema (o pituita), bilis amarilla y bilis negras (o atrabilis); cuatro órganos, corazón, cerebro, hígado y bazo y, finalmente, cuatro caracteres: sanguíneo, flemático, colérico, melancólico (o atrabiliario). El estado de salud es el equilibrio u “homeostasis” de los cuatro humores, estado de “crisis”; la enfermedad es el desequilibrio, la “discrasia”. Toda la doctrina hipocrática se sustenta en tres principios: el humorismo - o teoría de los humores -, el naturalismo o *vix naturae medicatrix*, la naturaleza es la que cura, y el vitalismo o concepto de un principio o “fuerza vital”, inmaterial, una concesión al idealismo filosófico, que tendería con el tiempo a identificarse para muchos médicos con el “pneuma” o aire. Por supuesto que, la teoría humoral es mucho más extensa: el *Corpus Hippocraticus* agrupa unas 70 obras y los escritos de Galeno suman más de 500 libros de medicina.

En la medicina china antigua, se da un elemento similar de dialéctica primitiva e ingenua, con la teoría taoísta del Yin y el Yang. De igual modo que en el mundo exterior existen los contrarios en forma de dos fuerzas opuestas, el bien y el mal, la noche y el día, el invierno y el verano, etcétera, en el organismo humano actúan también los contrarios en forma de dos principios: uno activo, masculino (el Yang) y otro pasivo, femenino (el Yin). En consonancia con su carácter dialéctico, los dos principios son interdependientes e intertransformables, y forman una unidad. La teoría fue aplicada no sólo a la anatomía y la fisiología del organismo, sino también a la patología, terapéutica y todas las ramas de la medicina. De igual forma que en el pensamiento griego, si ambos elementos están en equilibrio, no existe enfermedad: ésta sólo se presenta cuando uno de los dos es mayor que el otro. Así, por ejemplo, si el Yang llegara a sobrepasar el Yin, la enfermedad se clasifica de Yin, por calor y exceso (Shi) del Yang, existiendo varias otras posibilidades en dependencia de que las combinaciones sean por exceso o defecto de uno u otro.

Como se aprecia claramente, ambas explicaciones, la griega y la china, correspondían a la etapa puramente racional de la medicina. Esta etapa duró en occidente por espacio de unos 15 siglos, alimentada por el desarrollo que de ella hizo el galenismo y sostenida por las estructuras dominantes del pensamiento: la iglesia y las universidades medievales. En China, sociedad más cerrada y aislada, nunca desapareció a pesar de que hubo períodos de descenso, coincidentes con la penetración de los intereses occidentales en el país y prohibiciones oficiales en dos ocasiones.

La concepción racional de la enfermedad, en Grecia, en Roma, entre los árabes, en China y dondequiera, constituyó un extraordinario paso de avance en el pensamiento humano y médico, al abandonar la idea de que un dios o dioses eran la fuente directa de la salud y la enfermedad y establecer una explicación material (natural) de todos los fenómenos, y liberar así, también, a la terapéutica de misticismos, plegarias, exorcismos, etcétera. Fue justa y progresista para su época, pero sólo para una época. Al ser una explicación ingenua y sólo ajustada a la razón elemental, con el tiempo debía ser sustituida por una concepción obligadamente científica. Al prolongar excesivamente su vigencia (las razones no son para analizarlas aquí), la teoría humoral asumió un carácter reaccionario, que frenó por siglos el progreso de los conocimientos médicos y hubo que superarla a costa de una larga, con frecuencia dolorosa e incluso, a veces, cruenta lucha.(5)

El camino de la medicina tradicional china tiene que ser el mismo, al enfrentarse con una ley del desarrollo histórico. Otra cosa diferente es que no puedan ser incorporadas sus cuestiones puntuales. Sucedió con la teoría humoral y sucederá, a la postre, con la medicina tradicional china; pero será la aplicación de la ciencia la que dirá lo que quede y lo que desaparezca definitivamente. En la historia del conocimiento humano, continuamente se produce una asimilación de lo verdadero (universal), que queda incorporado a la cultura, al tiempo que el resto desaparece para conservarse sólo en la memoria del Hombre. Lo que queda constituye la herencia cultural viva de la Humanidad, su acervo útil y trascendente, desde la conquista del fuego, la rueda, domesticación de animales, agricultura, utilización de la arcilla, bóveda,

columnas, arquitebe, vivienda, navegación, brújula, imprenta, radio, computación, etcétera, lo mismo haya sido una conquista de la sociedad primitiva, que del esclavismo, el feudalismo, capitalismo o socialismo.

Y, precisamente, en este aspecto de la herencia del acervo útil, se inscribe, hasta el presente, un componente de la medicina china antigua, que es la acupuntura y sus variantes, cuya supervivencia actual pienso que es lo que mantiene vivo el cuerpo teórico de la llamada "medicina tradicional china" y explica que todavía sea defendido en bloque por muchas personas y no pocas autoridades. Creo que si la acupuntura no hubiera mostrado su bondad en el manejo de numerosos problemas médicos (sobre todo, los dolores), hace tiempo que no existiría la Medicina Tradicional China.

Así como la Acupuntura es el recurso terapéutico principal de esta antigua medicina, la sangría lo fue de toda la medicina occidental durante mucho más de 2 000 años, con la importantísima diferencia de que la sangría no servía para nada. La Escuela hipocrática de Cos sostenía el principio de que "la naturaleza es la que cura" y conforme con él, la tarea del médico sólo debía ser apoyar su acción con una terapéutica sencilla y racional, aunque sumamente limitada e inefectiva etiológicamente. Existía la idea de que debía favorecerse la evacuación de los humores, cuya composición alterada era la causa de las enfermedades, pero el genio de Hipócrates fue muy cauto con este proceder y sólo lo utilizó en uno de los 42 casos suyos que conocemos por las historias clínicas conservadas en el Libro de las Epidemias; el caso de la pleuroneumonía de Anaxio, un enfermo de la ciudad de Abdera, cuyo estado febril se había ido agravando progresivamente y al octavo día decidió hacerle una sangría en el brazo, "abundante, como debía ser", queriendo la casualidad que el enfermo mejorara a partir del día 11, para curar definitivamente el día 34. Al parecer, Hipócrates sólo la preconizó en los casos de pleuritis, especialmente, cuando el dolor era muy agudo, de ortopneas con peligro de asfixia; en las amigdalitis con dificultad a la deglución, en la perineumonía, hidropesías, enfermedades de los ojos, epistaxis y, quizás algunas otras situaciones. A diferencia de la Escuela de Cos, la escuela "rival" de Cnido parece que fue absolutamente opuesta a ella. (6)

El increíble uso y abuso de la sangría como principal terapéutica de las enfermedades se debe a Galeno, ya que la Escuela de Alejandría o la condenó categóricamente (Erasístrato) o la recomendó sólo por excepción (Herófilo). Galeno hizo de este proceder cuasi criminal una prescripción universal, e inauguró la época de los sangradores, que duraría siglos. Junto con la purga y la teriaca (mejunje tipo panacea), constituyó el trípode de la terapéutica. Es sabido que se sangraba, incluso varias veces al día, hasta a los tuberculosos ya caquéticos, con lo que se les precipitaba a la muerte. "Ha muerto curado", fue una frase que se acuñó, de un especial sentido dialéctico. Razón tuvo lord Byron al decir que "moría más gente de la lanceta que de la lanza". Esta terapéutica alopática tuvo en su haber millones y millones de muertos y fue un respiro que apareciera la terapéutica homeopática preconizada por Hanhemann, que tuvo, al menos, la virtud de pretender ser una vuelta a Hipócrates y no le hacía daño al enfermo, quien moría tranquilamente.(7)

La gran mayoría de las conductas terapéuticas de la medicina humoral (exceptuando algunas plantas, sustancias químicas y preceptos higiénicos) fueron inefectivas; los enfermos se curaban solos o se morían en dependencia de la enfermedad que tuviesen y de sus defensas orgánicas. En definitiva, y hasta una época relativamente reciente, --teniendo en cuenta el tiempo histórico-- vix naturae medicatrix, la naturaleza era la que curaba.

Esta no ha sido la situación de la terapéutica preconizada por la medicina china antigua. Por alguna razón, que todavía está lejos de conocerse científicamente, y, quizás, no sólo por el inmenso poder de sugestión del Hombre, la acupuntura es efectiva en el manejo de no pocos problemas médicos y esto, a mi juicio, a la vez que constituye un problema singular y complejo, mantiene en muchos la vigencia de todo el cuerpo teórico que la fundamenta.

El origen de la acupuntura es sumamente antiguo y se relaciona, entre otras, con la teoría King. Lo de los meridianos, que se consideran vías de energía que intervienen en las funciones del organismo, interaccionan con otras estructuras del sistema y a su través pueden penetrar las enfermedades en el cuerpo. Existen más de 40 meridianos diferentes y se han descrito mas de 400 puntos "fisiológicamente" activos a lo largo de sus trayectos, además de 500 puntos

adicionales, ubicados fuera de ellos, igualmente usados en los tratamientos. Actuar con las agujas sobre los meridianos es actuar sobre la enfermedad.

No hay una explicación clara de las razones por las cuales la acupuntura “funciona” y es seguro que su componente “técnico” (la estimulación con las agujas de los puntos en el cuerpo) está siendo sometido en la actualidad, en la propia China y algunos países desarrollados, al examen riguroso de la metodología científica y los recursos de la ciencia moderna, porque el “cuerpo teórico” que la sustenta desde hace mil años, obviamente no puede ser la explicación verdadera. Cuando esto se haga, quedarán algunos aportes válidos y el resto será desechado por irrelevante, como ha sucedido con otras pseudociencias.

Y aquí llegamos a uno de los nudos de la cuestión: la acupuntura como pseudociencia. Una pseudociencia es un conjunto de creencias y prácticas, cuyos cultivadores consideran una ciencia verdadera, aunque no lo es, al no compartir con ésta ni el planteamiento, ni las técnicas, ni el cuerpo de conocimientos, y como ha escrito Mario Bunge, una tendencia de los defensores de toda pseudociencia ha sido la de asumir férreamente su totalidad, y negar la crítica de algunas de sus partes. Nunca he leído un artículo de acupuntura que acepte la invalidez de parte de sus teorías; se la asume y defiende en bloque, de la forma cruda y primitiva como fue elaborada en sus orígenes y se citan, sin objeciones ni cambios, frases y pensamientos de personajes incluso míticos, sin las necesarias aclaraciones y correcciones.

En el terreno de las Ciencias Sociales, el marxismo siempre ha considerado que es incorrecto juzgar el pasado a la luz de las categorías e ideas del presente, lo cual ha sido, por ejemplo, una tendencia muy frecuente en los historiadores, muchos de los cuales han hablado del imperialismo macedónico, romano, de la burguesía ateniense, etcétera. De igual forma, hay quienes se burlan de las conquistas del pasado, porque algunas son tan “elementales” que parecen una verdad de perogrullo, al ser hoy del dominio de un escolar cualquiera. Ambas posiciones constituyen un error, como lo es también persistir en explicar fenómenos no bien conocidos por la ciencia actual, basándose en ideas milenarias y criticar con ellas conquistas bien establecidas de la ciencia moderna.

Se ha dicho que, en los puntos de acupuntura existe un cambio eléctrico en relación con el tejido adyacente y hay algunas evidencias de que la estimulación de estos puntos depara la liberación de endorfinas, las que pudieran actuar en el alivio del dolor. Estas y otras “evidencias” establecen el camino a seguir, que es el del método científico o experimental, común a todas las ciencias factuales; pero tiene que ser un camino desapasionado, sometido a la implacable lucidez de los hechos, no puede transitar por diseños y conductas sesgadas, tendenciosas y pseudocientíficas que tiendan a interpretar todos los datos de modo que sus tesis queden confirmadas, donde cada fracaso se vea, incluso, como una confirmación, se ignoren las evidencias en contra, se utilice una metodología elemental y se apliquen incorrectamente las estadísticas, como está sucediendo con frecuencia.

Se defiende a la acupuntura argumentando no sólo la solución que brinda a numerosos problemas menores, también su uso creciente en el mundo, fácil acceso a miles de pacientes, baratura y las dificultades que nos impone el bloqueo del imperialismo norteamericano. Son argumentos válidos y en virtud de ellos debe mantenerse su difusión; sólo un dogmático rechazaría una técnica, con la cual se ha demostrado, en nuestro país, que es posible abrir la cavidad craneana sin apenas necesidad de apoyo farmacológico y se han extraído cientos de piezas dentarias; pero no deben confundirse estas bondades con su científicidad, que es otra cosa y está por demostrar. No es posible perder de vista que, *sensu strictu*, todas las “teorías” que la sustentan no son sino hipótesis que están por demostrar y reconvertir.

Finalmente, toda esta situación debe ser vista a la luz de un problema que confronta hoy la medicina. Hace ya algunos años, Barsky 9 y Gruenberg 10 denominaron “la paradoja de la salud” y “el fracaso del éxito”, respectivamente, al hecho, contradictorio a primera vista, de que habiendo logrado la medicina un progreso como nunca antes sobre las enfermedades, las personas van, sin embargo, cada vez más al médico y expresan mayor grado de insatisfacción con la atención y los tratamientos que reciben.

Entre las varias razones está que la gente vive más tiempo, Y alcanza las edades de las

enfermedades crónicas y degenerativas, casi todas ellas incurables y sólo parcialmente aliviadas en sus molestias. Es sabido que el Planeta envejece y también nuestro país. A esto hay que sumar las crecientes tensiones de la vida moderna, la cada vez mayor mercantilización de la medicina y la acelerada medicalización de la vida diaria y las personas, todo lo cual ha provocado falsas expectativas de que con los recursos tecnológicos y terapéuticos modernos es posible obtener la curación de cualquier afección.

Una consecuencia es la disminución de la tolerancia en las personas a sobrellevar trastornos ligeros y síntomas aislados, que son vistos con frecuencia como expresiones de una grave enfermedad, al tiempo que mucha gente se siente menos segura sobre su salud, más preocupada por la posibilidad de enfermar, más defraudada con la medicina científica y más propensa y crédula para consultar a todo tipo de curanderos y farsantes. Los autores citados y otros han destacado que, de 68 a 92% de los pacientes que consultan, no tienen una seria enfermedad, sólo 41% de los problemas que un médico atiende son de naturaleza realmente somática, entre 30 y 60% de las visitas al médico no responden a un diagnóstico claro que explique los síntomas del enfermo, y de 10 a 20% de las quejas obedecen a trastornos psiquiátricos.

En resumen, que los médicos somos llamados cada vez con mayor frecuencia para tratar situaciones que no son enfermedades en el sentido tradicional que conocemos, y que no se curarán, porque dependen de cambios degenerativos. Este es uno de los factores principales que sostiene la supervivencia de las pseudociencias en la terapéutica médica, y, de paso, brinda a algunos de sus cultores la posibilidad de denostar a la medicina científica y a la inevitable incertidumbre que conlleva su aplicación en cada paciente individual.

En todo este complicado contexto, la acupuntura, útil en el arsenal terapéutico, porque resuelve momentánea o permanentemente no pocas de estas situaciones, continuará siendo una pseudociencia a la espera de la crítica que la despoje de su arcaísmo y la eleve al nivel de las ciencias.

BIBLIOGRAFIA

1. Dynnik MA. Historia de la filosofía, de la antigüedad a comienzos del siglo XIX. México: Grijalbo S.A.; 1962, p. 71-89.
2. Durant W. La civilización del extremo oriente. Buenos Aires: Sudamericana; 1956, p.129.
3. Engels F. Anti-Duhring. La Habana: Editora Política; 1963, p. 30.
4. Engels F. Dialéctica de la naturaleza. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales; 1982, p. 156-160.
5. Moreno Rodríguez MA. El arte y la ciencia del diagnóstico médico. La Habana: Editorial Científico Técnica; 2001, p. 31-47.
6. Castiglioni A. La sangría en la leyenda y en la medicina de la antigüedad. Actas Ciba; 1953;(2): 46-60.
7. Moreno Rodríguez MA. El método clínico: recopilación de artículos. La Habana: Imprenta de las FAR; 1999, p. 50.
8. Bunge M. La investigación científica. Su estrategia y su filosofía. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales; 1972, p. 54-63.
9. Barsky AJ. The paradox of health. N Eng J Med. 1988; (318): 414-418.
10. Gruenberg EM. The failure of success. Milbank Mem Fund Q. 1977; (55): 3-24